



46-47 Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: "¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!"

El camino que viene del Norte (Galilea) hacia Jerusalén, pasa por Jericó, paso obligado para los peregrinos que venían de Galilea, por el camino del

Jordán. Jesús y sus discípulos llegan a esta ciudad, la más antigua de Israel.

El ciego ha elegido un lugar idóneo para pedir limosna, en la proximidad de una ciudad rica, por donde pasaban muchas personas, tanto por sus relaciones comerciales como por los peregrinos que se dirigían a Jerusalén con motivo de la Pascua.

Este camino comenzó después de la confesión de Pedro. Un poco antes de iniciarlo, había sucedido la curación de un ciego (Mc 8,22-26). Aquel ciego era figura del discípulo.

También ahora, en el último episodio antes de entrar en Jerusalén, nos habla de otro ciego y de la ceguera del discípulo. De un ciego al otro ciego ha transcurrido el CAMINO, o sea, la subida a Jerusalén que Jesús ha recorrido decididamente, y que ha anunciado con tres avances lo que va a pasar.

El "camino" es también la vida del discípulo. Inmediatamente antes del relato de la Pasión, el evangelista quiere aclarar una vez más qué es la fe y qué implica seguir a Jesús.

Solo cuando vea lo "seguirá por el camino". El proceso de los discípulos está retratado de manera simbólica, paso a paso. Igual que el ciego está mendigando, -no es autónomo-, los discípulos tampoco son autónomos, dependen de la ideología dominante, como hemos visto en los domingos anteriores.

Marcos describe al ciego con tres rasgos importantes. Es un mendigo "ciego": vive en tinieblas; no puede ver el rostro de Jesús. Está "sentado": a oscuras no se puede caminar; se pasa el día esperando, inmóvil, la ayuda de los demás; no puede seguir a Jesús. Está "junto al camino", fuera de la ruta que lleva Jesús; al margen de su camino.

Condenado por su enfermedad y reprimido por la gente, percibe lo que no ven los demás. Su fe, aunque imperfecta, es un órgano más penetrante: "no teniendo ojos ve".

"Un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino..."

En el camino que lleva a Jerusalén, un excluido, mendigo y ciego. Nunca podrá disfrutar de la vida como los demás ni peregrinar. Le cerrarían las puertas del templo: los ciegos no podían entrar en el recinto sagrado. Excluido de la vida, marginado por la gente, «abandonado» por los representantes de Dios, sólo le queda pedir compasión a Jesús. Supo ver que Jesús pasaba por su vida.

Se dice que Francisco de Asís dictó su cántico al sol cuando ya estaba ciego. Y que Juan de la Cruz dictó su "Cántico espiritual" -hablando de "montes y riberas", de "bosques y espesuras", de "flores esmaltado"- después de pasarse meses encerrado en una prisión sin luz.

¿No nos reconocemos de alguna manera en el mendigo ciego Bartimeo? También somos "ciegos", sin ojos para mirar la vida como la miraba Jesús. "Sentados", instalados en una vida cómoda, viviendo de manera rutinaria nuestra religión, sin fuerza para seguir a Jesús. Situados "fuera del camino" de Jesús, sin ponerle a él como meta, horizonte y guía de nuestra vida.

El anhelo de ver, de vivir, de amar, puede romper la muralla de la habitual ceguera, de la rutina cotidiana, del egoísmo que nos corroe. Todos somos ciegos, pero todos podemos hallar la luz para caminar. Tan solo hay gritar, desear, buscar. El evangelio no será nunca acogido por los que creen ver, sino por los que se saben ciegos, paráliticos, leprosos.... Necesitados de alguien que dé sentido y esperanza a sus vidas. Así me lo enseñan los chicos de Naim cada semana.

- *Si me siento así, ¿qué espero para cambiar?*
- *¿Rezo con frecuencia esta oración tan sencilla como real: ten compasión de mí?*

48 Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!»

Muchos son los que le desaconsejan, incluso le gritan para que no se acerque a Jesús, porque la adhesión de un desarrapado podría estropear el ingreso triunfal del hijo de David.

Al igual que el padre del niño epiléptico (9,24) el ciego muestra al mismo tiempo fe y falta de fe y pide la ayuda de Jesús. Esta es la petición que necesitan todos los discípulos de todos los tiempos.

Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más.

No ve, pero tiene oído y voz. Con lo que tiene a mano, actúa. Hay mucha gente que vive quejándose por lo que no tiene. Bartimeo usó el don que tenía, que era escuchar. No veía, pero escuchaba. La pobreza de

medios no debe anular el deseo, la búsqueda. Es preciso anhelar la salvación, desearla, para acogerla. Otro ejemplo del ciego Bartimeo.

Gritar, -aunque los que nos rodean nos exhorten a callar- para romper y superar las murallas que nos rodean. La primera muralla que tenemos es nuestro corazón cansado y pasota. Después encontraremos la de los demás, que nos mandan callar para dejar las cosas como están. Molesta el grito, molesta el cambio.

- *¿Escucho yo también en lo profundo esa voz?: Ánimo. Levántate. Te está llamando*
- *¿Persevero en la búsqueda del encuentro?*

**49-50 Jesús se detuvo y dijo: «Llamadle.» Llaman al ciego, diciéndole:
« ¡Ánimo, levántate! Te llama.» Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús.**

Jesús atiende inmediatamente la súplica del ciego, y por medio de los presentes lo llama. Cuando Jesús interviene, la gente cambia de parecer, y le dan

ánimo. El gesto de arrojar el manto es revelador. Lo deja todo y, "desnudo de equipaje", sale corriendo detrás de Jesús.

Jesús se detuvo y dijo: «Llamadle.»

Jesús no pasa de largo. Se detiene y llama. Con este gesto nos enseña el Maestro a hacer lo mismo ante tantos gritos, a veces casi hasta sin voz, que los excluidos de hoy nos lanzan. Es verdad que hay mucho por hacer, pero con la fuerza de la fe y la unión de todos podemos lograr que muchos vean, coman, tengan vivienda digna, trabajo etc. Lo primero es no pasar de largo sino detenerse, después vendrá la tarea común.

También nos enseña este evangelio lo que Jesús quiere que sea su COMUNIDAD. En un primer momento, la comitiva rechaza al ciego, se le manda callar. Se está en camino y la comunidad no puede detenerse, no puede acoger a uno que, a causa de su minusvalía, seguirá mal por el camino y frenará la marcha.

Jesús da el toque de alerta: cuidado de crear una élite de discípulos "perfectos" que rechacen o bien de plano o por el estilo de comunidad creada, a aquellos discípulos de lento caminar o con carencias. El maestro, a pesar de que la comitiva lo manda callar, detiene a la comunidad e incorpora a ella al que camina más lento.

- *¿Alguna autocrítica a hacer?*

**51-52 Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: «¿Qué quieres que te haga?»
El ciego le dijo: «Rabbuní, ¡que vea!» Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado.» Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino.**

La pregunta de Jesús: «¿Qué quieres que te haga?» es la misma que hizo a los Zebedeos (10,36). Y la identidad de la pregunta acentúa la diferencia de la respuesta. Mientras que los dos hermanos

deseaban *sentarse* junto a Jesús, el ciego Bartimeo, cansado ya de estar sentado, **desea recobrar la vista para seguir a Jesús.**

¿Qué quieres que te haga?» El ciego le dijo: «Rabbuní, ¡que vea!»

De la misma manera que a los hijos del Zebedeo, -como vimos la semana pasada- también Jesús pregunta al mendigo: "*¿Qué quieres que haga por tí?*" La respuesta es bien distinta en unos y otro. Mientras que los hermanos deseaban "sentarse" junto a Jesús, el ciego Bartimeo, cansado ya de estar sentado, **desea recobrar la vista para poder seguir a Jesús.** El contraste es grande. El ciego pasa a ser modelo para todo discípulo.

Cuando se esta ciego el único que puede curar es Jesús. Estar ciego es no ver al hermano como un hermano. Es ambicionar el poder, el acaparar. La insistencia de los evangelistas en esta cuestión indica que el deseo de dominar a los demás era una tentación no superada entre los primeros cristianos. Ni ahora tampoco.

El caso del ciego **es un ejemplo para nosotros** los actuales seguidores de Jesús: un hombre que ora con insistencia, con perseverancia, que invoca a pesar de las dificultades, que recibe ánimo, que sale al encuentro, ligero de equipaje, se deja interrogar, se deja abrir los ojos y sigue a Jesús en su camino.

La petición, "*Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí*" ha traspasado la historia de veinte siglos cristianos. Debí de ser la súplica de muchos discípulos de las primeras comunidades que pedían "entender" cuando les tocaba a ellos acompañar a Jesús en la Pasión.

- *¿Qué alegrías y dificultades encuentras en el seguimiento? ¿Qué me enseña el ciego Bartimeo?*

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>